

## LIBROS

### Poesía USA

Si la narrativa o el teatro norteamericanos habían despertado un interés notable entre nosotros, y hasta significaron una referencia imprescindible para comprender determinados momentos de nuestra novela y nuestro teatro contemporáneos, la poesía USA se veía desde aquí, exclusivamente, como un aspecto secundario de la historia literaria de los Estados Unidos. Entre la comprensión del fenómeno y la autosuficiencia de nuestra lírica contemporánea discurría la cosa. Sólo algunos nombres (Poe, Eliot, Pound...) habían conseguido la suficiente difusión y hasta el privilegio de la influencia en nuestro medio. Eran todos nombres que se vinculaban muy fácilmente a la tradición europea. El caso de Whitman, también muy conocido y estudiado entre los poetas españoles, es singular: el entusiasmo que despertó en Rubén Darío y en García Lorca debió influir para una inmediata y fácil aceptación. Pero el corpus de la lírica norteamericana seguía siendo algo poco menos que desconocido para nosotros. En los últimos años hemos asistido, sin embargo, a una recuperación de esa poesía y de esos escritores, lo que puede tener beneficiosas consecuencias toda vez que, como señala Agustí Bartra en el prólogo a esta amplia y minuciosa antología (1), «su importancia se debe, sobre todo, a que ha sabido irse desprendiendo de sus lastres hereditarios y conflictos inherentes, y que, consciente de su jerarquía en la historia

de la cultura moderna, se ha enfrentado con sus problemas con espíritu crítico y libertad». Lo que, en pocas palabras, podríamos decir que significa búsqueda de una personalización expresiva y reconocimiento de la dificultad y del rigor que un trabajo así requiere; personalidad y rigor que difícilmente encontramos en nuestra poesía más reciente, tan necesitada de magisterios generacionales y de apegos filiales a esquemas críticos reiterados.

Ha sucedido con la poesía angloamericana lo que con la hispanoamericana: no se entendió lo suficiente el porqué y el cómo de esta búsqueda a la par que se iban configurando un nuevo país, unas nuevas formas de vida, un nuevo concepto de las relaciones humanas y de las del hombre con el medio. Porque quizá sea básico, en la peculiar y aún joven historia USA y para entender su literatura, el que nos fijemos en el carácter de aventura que la misma comporta y que la impregna toda: una marcha constante hacia lo inesperado, hacia lo desconocido, hacia lo difi-

cilmente domeñable. Nunca es esta historia la historia del sedentarismo, sino la historia de la inquietud, de la renovación constante, del ir siempre un poco más allá.

(El pionero es el místico de la marcha hacia adelante, el hombre de acción, medio campesino, medio guerrero, que ha de conquistar una tierra para sembrar en ella la semilla del futuro. No había lastre de pasado. El tipo de hombre artista, el intelectual, era más bien considerado con desprecio, y vivía aparte.)

Pero al tiempo que este impulso épico late en el origen de todo este aliento creador, la necesidad de perfilar una moral, una experiencia que importa más que la expresión; y que, a su vez, se polariza en los dos extremos que fija perfectamente Bartra en la frase inicial del prólogo: «la lucha entre el hombre místico y el pragmático»; entre la aventura y la atracción telúrica de la nueva nación y la experiencia positivista de la técnica que posibilitará el nacimiento de la misma; entre el mundo campesino

de un Frost y la experiencia ciudadana de un Eliot.

Sin miedo a equivocarnos podemos decir que, en aquellos puntos de la declaración de principios de los **imaginistas** (página 22) se encierran las constantes que podrían delimitar el espíritu general de la poesía USA: búsqueda pormenorizada de lo cotidiano, reivindicación de la individualidad del escritor, libertad absoluta... Una voz abierta libremente al canto, abierta libremente a las relaciones del escritor con ese mundo nuevo que descubre y hace suyo; abierta libremente a la sorprendente aventura de sentirse vivir y morir día a día, en cada cosa y en cada situación. Por ello siempre nos deja la poesía norteamericana ese sabor de rusticidad, de popularismo, de cierta ingenuidad y frescura primarias, esa sensación de que la palabra se derrama, sin que nunca se pierda en la retórica vana, sino que es siempre directa, coloquial, demasiado simplista en ocasiones.

La antología preparada y traducida por Agus-

tí Bartra nos lleva desde Whitman a Rod McKuen en un amplio muestrario que quiere ser «un panorama del alma norteamericana»; antología que no sólo evidencia las características descritas, sino que pone de manifiesto la singularidad de unas voces que, aun con las insalvables dificultades de la traducción, y de las que es consciente el antólogo, nos llegan con su exacto sentido y peculiar representatividad.

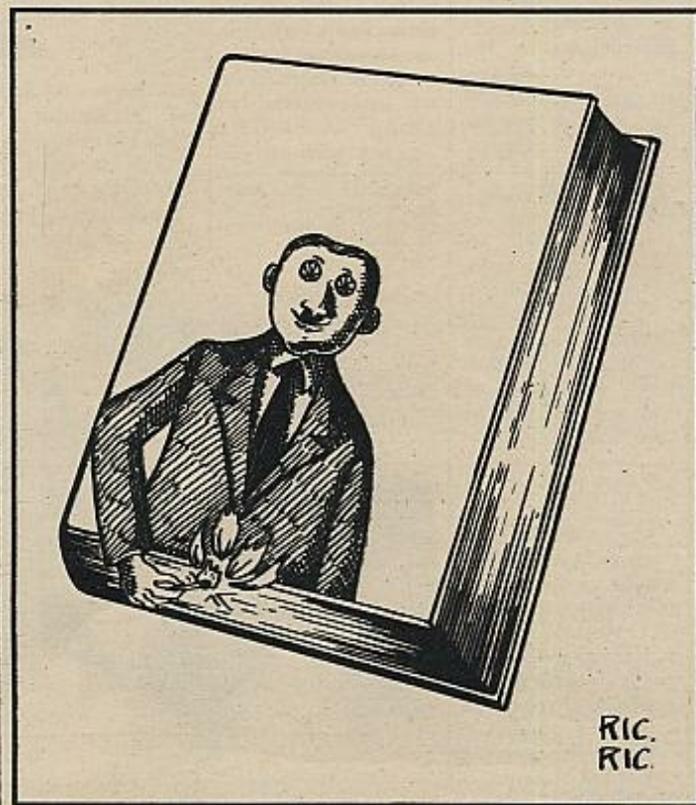
La selección de poemas propiamente dicha se completa con unas amplias notas biográficas-criticas de cada poeta, y una agenda que, bajo el título de **La voz aborigen**, recoge un escueto muestrario de la antigua poesía de los indios de América del Norte, anterior a la colonización. ■ **JORGE RODRIGUEZ PADRON.**

### Arte de anacoretas

La poesía española de hoy vive sometida, en lo que concierne a su conocimiento por parte del lector medio, tanto al capricho editorial como a la misma precariedad de los circuitos de distribución. Resulta fácil suponer el que una editorial fuerte, con un lanzamiento adecuado, pueda vender al último poeta de Camboya —pongo por caso—, con sólo hacer constar en una faja llamativa su condición hipotética de militante del Khmer Rojo. Si bien esta suposición puede parecer ingenua, no habría que devanarse mucho los sesos para ejemplificarla con casos reales, por más que algunas de estas publicaciones puedan servir de casual revulsivo. Frente a una crítica volcada al ditirambo, la amistad o el valor seguro, estas afirmaciones cobran una verosimilitud que sobrepasa la certeza para caer en el enojado desconcierto. Algo es indudable: la aventura editorial está proscribida, y a ello colabora tanto la cortedad de miras como el cálculo económico. Redescubrir a Manuel Machado, ilustre cantor de las golfas y el

aguardiente, amén de otros pomposos arlequines, es tarea que no conlleva peligro. Más aún cuando se va a remolque de una relectura previa por parte de los poetas bautizados como novísimos y cuando se cuenta —a la postre— con el claro raciocinio asentador de políticos como Ruiz Gallardón. Otras aventuras ejemplares (y no desprecio la citada, sino que la matizo) se han corrido recientemente. Baste aludir —desde otro ángulo— a la publicación repetitiva de inéditos o raros de Juan Gil-Albert. El extraordinario poeta, ensayista y narrador valenciano ha debido esperar en un semiovívido casi absoluto el buen tino de los editores barceloneses, suponemos que guiados en parte por Gil de Biedma, prologuista preciso de la novela **Valentín, Homenaje a Shakespeare**. Si el cruel dicho de «a la vejez, viruelas» puede parecer aquí más que inadecuado, lo recuerdo para señalar por contradicción lo tardío de un reconocimiento que las circunstancias históricas y la parvedad imaginativa y crítica habían hecho poco menos que impensable. También es cierto que casos como los citados (cada uno en su forma diferente) tienden a implicarse en un contexto que empieza a admitir el riesgo —del género que sea— como una posibilidad más del consumo editorial. En el peor de los casos basta con especiar adecuadamente el producto. Aunque vivamos tiempos tristes, los restaurantes exóticos no carecen de clientela.

La divagación anterior me ha venido a las mientes al disponerme a escribir sobre un poeta insólito: Agustín Delgado; insólito en su calidad, a pesar de sus desigualdades; en su radical independencia literaria, al margen de sus modas y movimientos; en su mismo papel de francotirador que dispara desde lejanas azoteas. No hablo de un poeta desconocido. Cuatro libros avalan su trayectoria con anterioridad al último publicado: **Espíritu áspero** (Burgos, 1974).



(1) Agustí Bartra. **Antología de la poesía norteamericana**. Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1974. 493 páginas.